Núm. 6.º Madrid 14 de Diciembre de 1863. Año I.

EL ESPÍRITU,

Semanario científico-literario.

PRECIOS.
En Madrid, un mes. . . . . 4 rs.
PROVINCIAS.
Un mes. . . . . 5 id.

Este periódico se publica los dias 7, 14, 21 y 28 de cada mes.
Se suscribe en las librerías de CUESTA, viuda de VAZQUEZ y BAILLY-BAILLIERE
REDACCION.
Plazuela de San Miguel, número 8, cuarto principal.

SUMARIO.

LA CRÍTICA, *(conclusion)*, *por D. Adolfo García.* —LOS ESPECTROS LUMINOSOS, *por D. Valentin Gomez y Gomez.*—LA MUJER, EL FILÓSOFO Y EL POETA ANTE EL AMOR, *por D. Eugenio Sellés y Angel.*—LA VÍRGEN DE LOS AMORES, *por Don Emilio Nieto.*—LUZ DE AMOR, *por D. Mariano Catalina.*—PRESENTIMIENTOS, *por D. Emilio Nieto.*—EPIGRAMA, *por D. Pablo Yedra.*—ANACREÓNTICA. Á ELENA, *por D. A. de Q. y G.*—TEATROS.—BIBLIOGRAFÍA, *por D. Pablo Yedra.*

LA CRÍTICA.

CONCLUSION.—(Véase el núm. 2.º).

Pero nada debe estrañarnos que con tan poco juicio se critique en los cafés, donde el humo del tabaco y los vapores del rom se introducen en el cerebro de los que allí se hallan, creando una especie de embriaguez y acaloramiento, contagiosos, que se comunican á todos los que tal atmósfera respiran.

Aun hay una crítica de peor género, crítica que no merece el nombre de tal, pero de que nos ocuparemos, siquiera sea brevemente, en el presente artículo.

Muchos son los literatos (algunos de ellos célebres y académicos), que se ocupan en hacer la crítica de obras literarias, principalmente de las dramáticas, sin que las hayan visto, ni por el forro.

No de otra suerte se esplica que un señor muy versado en las materias críticas, y especialmente en la crítica teatral, se atreviese á estampar en una revista que salia á luz durante el año anterior, que una comedia, en un acto, que se aplaudió muchas veces en uno de los principales teatros de la córte, tenia *correcta y fluida versificacion*, estando escrita *en prosa*.

¡Y cuántas veces no hemos visto que el espíritu de partido guia únicamente á ciertos críticos, cuando pretenden analizar una obra literaria!

«Mala, muy mala es la obra del señor Fulano; ¿pero qué ha de hacer un hombre que pertenece á tal partido?»

Estas líneas hemos leido con harta vergüenza en un periódico político, tratando de una obra bastante aplaudida tambien, en uno de nuestros teatros principales.

Pero olvidamos nuestro propósito de no tratar de la crítica de los periódicos. Y tiempo perdido seria el examinar una cosa, que desde el tiempo de Larra no ha alcanzado la altura á que este inmortal crítico la colocara.

Tratemos de la crítica en términos generales, es decir, examinémosla en su interior, no tratando de describir lo que es en la actualidad, sinó lo que debe ser.

Hay dos clases de crítica; la crítica satírica, que hace reir, especie de arma de dos filos, que hiere con la razon y el ridículo á la vez; y la crítica séria concienzuda, que no aspira á divertir al lector, sinó á enseñarle; que no busca sinó la verdad, amarga siempre, siempre dolorosa, para el que la escucha y que tiene la particularidad de dejar tranquila la conciencia del que la dice.

Cierto, muy cierto es que Larra debe sus mas bellos laureles á la sátira; pero muy lejos estuvo siempre de emplearla, cuando de examinar alguna obra literaria se trataba. Véanse, sinó, sus célebres críticas del drama *Antony*, la del *Trovador*,

Los amantes de Teruel, Margarita de Borgoña, Las Memorias del Príncipe de la Paz, y otras mil, (que para enumerar las obras buenas de este escritor es preciso presentar el catálogo completo de todas ellas), y se verá que, él tan aficionado á lucir aquellas dotes satíricas, de que el cielo le hizo poseedor, dejaba la burla á la puerta cuando se trataba de penetrar en el santuario de la crítica literaria. Exento del defecto que aquí atacamos, le ridiculizó con mano maestra en su artículo *La polémica literaria*, que es sin disputa uno de los que mas han contribuido á su fama.

El ejemplo del escritor citado, nos ha distraido de nuestro propósito; distraccion al cabo disculpable, porque es imposible no sacar á luz el popular nombre de Fígaro, cuando de crítica se trata; pero volviendo á nuestra idea, aconsejamos á los actuales críticos que usen, cuando vayan á ejercer su mision, el lenguaje comedido de la ciencia, que pongan razones contra razones, que el sarcasmo mancha los labios del que le dice y la frente de aquel á quien se dice, y en fin, en nombre de la juventud á quien hoy (con harta osadía quizá), nos atrevemos á representar, les diremos:

Cuando trateis de examinar una obra, no os ocupeis para nada de su autor, haced abstraccion de él, leed bien la obra en cuestion, y haced la crítica sensata de la doctrina que sus páginas encierran; y seguid el ejemplo que Jovellanos nos dá en aquella tan celebrada sátira, cuando dice:

. . . . . yo persigo
En mi sátira al vicio, no al vicioso,

De este modo la crítica literaria que se vé hoy arrastrada por el lodo, alcanzará el grado de esplendor que en otros tiempos mas venturosos gozara.

ADOLFO GARCÍA.

LOS ESPECTROS LUMINOSOS.

Parece que ha brillado en las encumbradas regiones del firmamento un nuevo cometa.

Hoy Madrid tiene los ojos fijos en un objeto que puede á lo menos dar mucha luz sobre ciertas cuestiones. La química os dirá sobre cuáles.

Dejémonos de fruslerías y vulgaridades. Ya no es permitido decir que de la discusion nace la luz. A mas de que semejante sentencia es una calumnia manifiesta al sol, recorriendo algunos teatros de la corte os podreis convencer de que la luz puede salir lo mismo de un *escotillon* que de cualquier otra parte.

Dígase lo que quiera de los espectros luminosos, es lo cierto que la mitad del público se ha quedado á oscuras sobre el cómo de tales apariciones.

Esto tal vez en parte sea efecto de que es preciso apagar las lámparas del teatro para gozar de la vision luminosa.

En este siglo de las luces hasta de la oscuridad se saca partido para ver mas claro.

Observemos, sin embargo, que si mucha parte del público no comprende esa fantasmagoría es porque entre los espectadores y el espectro hay un cristal que el público no vé; el cristal de su ignorancia.

Esta ignorancia es causa de que la ilusion sea mas completa.

Figuráos un espeso bosque á orillas de un lago.

La luna derrama lánguidamente sus rayos sobre las aguas y su luz vaga y misteriosa atraviesa por entre el ramaje de los árboles con toda la melancolía que debió inspirar á Bellini las tiernas y delicadas notas de la *Casta Diva*.

Las brisas juguetean blandamente con los incomprensibles rumores de una noche serena, como los niños con las naranjas llevándolas caprichosamente entre sus manos de una parte á otra.

El alma de un poeta creeria escuchar lejanas armonías impregnadas de ternura y amor y alzaria su vuelo á las regiones de lo grande y de lo ideal.

Pero no es un poeta el testigo de tanta grandeza y majestad. (Es Pizarroso.)

Es un asesino que aparece allá entre lo escondido de la selva con un hacha en la mano y huyendo de la justicia que le persigue.

Es un asesino que viene á refugiarse en el mismo sitio donde cometió su crímen.

Cesa de correr, mira aterrorizado en derredor suyo, reconoce aquel lugar y en el mismo instante, sin duda al recuerdo de su delito, cree oir un rumor estraño entre el ramaje.

¡Ilusion tal vez hija del temor! No hay nada mas asustadizo que el crímen.

Pero no; entre los troncos de los árboles apa-

rece una claridad estraña y fantástica que no es el resplandor de la luna, ni es un fuego fátuo, porque en medio se destaca la figura de un hombre sentado, moviéndose, gesticulando, riendo; y ese hombre es el muerto, el que allí rodó por el suelo víctima de una bala traidora.

Lo que el criminal vé siempre dentro de su fantasía con los ojos del remordimiento, se presenta en el teatro á la vista de los espectadores que aplauden frenéticamente, no considerando que tal vez alguno aplauda, que haya sido atormentado por esas mismas visiones, sin que en ellas entrara por nada la química.

Una de las cosas que mas me estremecen en el mundo es pensar que muchas veces tiendo la mano á quien tiene acaso las suyas manchadas de sangre.

¡Y es sin embargo tan fácil cometer un crímen!

A pesar de esto, creo que no habria ni un criminal si antes de realizar su intento pudiera ver el estado en que despues se hallará su alma.

En el teatro, el malvado, al aparecer el espectro corre á hundir su hacha en el pecho de la víctima, pero la víctima suelta una sonora carcajada y desaparece.

Otra vez y bajo otra forma se presenta á los ojos del asesino, que inútilmente dá de puñaladas al aire cuyo cóncavo seno repite por la estensa soledad del bosque los ahogados gemidos que lanza el criminal burlado.

En el mundo real, el delincuente, cuando vé dentro de su alma la sombra de su delito, repite el atentado cien veces, se baña en la sangre de sus semejantes creyendo que de esta manera podrá ahogar el fatal acento que resuena en sus oidos, y sale sin embargo de su corazon.

¡Inútil afan!

El criminal se agita y se retuerce en un lago de sangre como una serpiente irritada; solo la conciencia, nueva arca de salvacion, flota sobre las ondas ofreciendo siempre un abrigo seguro para el náufrago que cifre en ella su esperanza.

Pero los espectros reclaman nuestra atencion.

He divagado lastimosamente olvidándome de que este artículo se titulaba: *Los espectros luminosos.*

En fé de que me arrepiento oid cómo se presentó á mi imaginacion este nuevo adelanto de la ciencia aplicado al arte escénica (vulgarmente tramoya).

No negaré que la primera impresion que en mí produjo fué de asombro y complacencia.

Pero soy poco dado á la química y bien pronto, sobreescitada mi fantasía por otro género de ideas, comencé á ver las cosas de manera distinta que los demas.

En el fondo del cristal, perdidas entre la fragosidad de la selva, dos figuras nobles, imponentes, majestuosas, se elevaban ante mis ojos sonriendo amargamente.

La frente despejada y serena de una de las figuras revelaba una inteligencia vigorosa y fecunda.

Tras la frente de la otra, surcada de anchas arrugas, podria leerse la profundidad y la grandeza de sus pensamientos.

Un sér estraño y deforme trataba en vano de herir á estas dos figuras que con ojos de lástima le miraban.

¡Lope, Calderon! genios privilegiados del arte! Vosotros mirabais desdeñosamente las traidoras asechanzas con que el mal gusto pretendia heriros.

Hasta el sarcástico Quevedo se dibujaba en lontananza empuñando el látigo de la sátira, como dispuesto á acudir en socorro de Lope y Calderon, si tan notables y esclarecidos varones pudieran alguna vez peligrar, por los desconcertados tiros del mal gusto!

Genios creadores, perdonad que vuestros templos sean profanados, que vuestras huellas sean abandonadas, que vuestros ilustres nombres no se miren como la clara antorcha que nos conduzca por los siempre nuevos y siempre desconocidos mundos del arte; confiad en que de este inmenso cáos puede surgir, como los orbes surgieron de la nada, quien arrebatando la careta cómica de manos profanas la eleve hasta el alto puesto en que se vió colocada cuando el ingenio hispano era la fuente donde á beber acudian los que en otros paises fueran orgullo de su patria y honra de la humanidad.

Valentin Gomez y Gomez.

LA MUJER, EL FILÓSOFO Y EL POETA ANTE EL AMOR.

LA MUJER.

Tú eres mi anhelo mayor,
De tí la vida recibo,
Por tí el placer ó el dolor;
¿Qué mas pretendes amor,
Si solo para tí vivo?

EL FILÓSOFO.

Amor, ¡misterio profundo!
Tú almas con almas enlazas,

Tú das unidad al mundo,
Con tu almo aliento fecundo
Formando pueblos y razas.

EL POETA.

Tú eres bien que Dios envia,
Flor caida del Eden,
Tú das jugo al alma mia,
Y fuego á mi poesía,
Y coronas á mi sien.

EL AMOR.

A mi mano omnipotente
La creacion está sujeta,
Mujer, ante mí, ama y siente.
Hunde, pensador, la frente,
Póstrate y canta, poeta.

EUGENIO SELLÉS Y ANGEL.

LA VIRGEN DE LOS AMORES.

FANTASÍA

POR

EMILIO NIETO.

(CONTINUACION).

Dos hombres ocupan la débil barquilla. No temen la furia de las olas. Al contrario, atan los remos fuertemente, y sin cuidarse de las terribles oscilaciones, se ponen en pie.

Y sacan dos cosas que brillan lúgubremente reflejando los rayos de la luna.

¡Dos cuchillos!

Sí; el duelo es á muerte.

Comienzan á atacarse, á defenderse, á inclinarse á un lado y á otro, á sostenerse mútuamente, á encontrarse, á evitarse, á intentar en fin cada uno sacar en la punta de su acerado puñal la vida de su enemigo.

Sin embargo, uno de ellos está tranquilo, trata solo de defenderse, parece que tiene compasion de su rival.

El otro permanece silencioso, helado, pero sus rojos cabellos están erizados, sus ojos brillan de un modo espantoso.

Y pasa una hora sin que consigan herirse.

Al cabo lanza uno de ellos un grito de impaciencia, un desesperado «acabemos,» que quizá costará la vida á su enemigo.

Y se abrazan fuertemente, y abrazados, caen en el fondo de la lancha.

Entonces una ola los envuelve y quedan ocultos en un torbellino de agua y de espuma.

Allá, en medio de ese cáos, sucede algo terrible; un hombre muere; otro se mancha la frente con la sangre de su prójimo.

Por fin, la barca aparece otra vez. Solo un bulto estaba en pie.

El otro estaba tendido con la mitad del cuerpo fuera de la lancha.

El vencedor coje este cadáver, le sostiene un instante entre sus manos, y luego le arroja al mar.

El agua abre sus senos, produce un chasquido siniestro, salpica el rostro del homicida y vuelve á cerrarse velozmente.

Todo ha concluido.

¡Buen festin para los peces!

¡Un poco mas de légamo para las plantas marinas!

Y entretanto aparece una alma ante el supremo juicio del Todopoderoso.

Y el que la separó de su cuerpo, indiferente, sosegado, toma uno de los remos, se sienta y dirige su rumbo hácia la tierra.

Las aguas se hienden, el asesino boga, la barca adelanta, el mundo va á recojer un criminal que le regala el Océano.

XII.

Son las seis de la mañana del otro dia.

María se pasea lentamente de un estremo á otro de la playa.

Mira distraida un camino, que escala á alguna distancia una montaña. Es el camino de Aurick.

Por allí asoma todos los dias, á una misma hora, un bulto negro.

Y ella entonces sonrie y se lleva la mano á su pecho como para detener su corazon, que pugna por volar al encuentro del recien llegado. Se dirije á la *hondonada de las perlas*, y á poco rato, rasgando la maleza, se lanza un hombre á sus pies, y se miran, y se hablan, y ella empieza á vivir.

Y esto, todos los dias.

Cuando piensa que puede llegar ocasion en que falte, tiembla, retrocede, se pregunta horrorizada, «¿y podria yo llegar al dia siguiente?»

¡Oh, difícilmente! porque él es la sávia de su existencia. Quitad el aire á un pájaro y le arrancareis la vidá; negad el sol á una flor, y sus tallos se inclinarán marchitos sobre el suelo.

A veces se baja y escribe en la tierra un nombre, «*Luigi.*»

La ola se acerca inexorable, cubre un instante

las letras adoradas, y huye dejando una superficie de arena, en la que todo se ha borrado.

Y María se entristece.

Escribe entonces dos nombres enlazados, el de Luigi y el suyo.

Y cuando la ola invasora se retira, al ver los dos nombres borrados de una vez, la niña se sonrie con dulzura, y sin querer, alza angélicamente los ojos hasta el cielo.

De pronto allá, en un estremo de la playa, aparece un bulto negro, que arrastrado sin duda por el agua, habia quedado detenido entre la arena.

¿Qué será?

La niña no lo vé. Se dirije hácia él distraida, soñolienta, pensando en Dios, en el amor, en su futuro.

El mar va haciendo retroceder las olas hácia su seno, como el atleta que concentra sus fuerzas.

Y va quedando la playa abandonada.

La niña sigue avanzando; entre las nubes de grana, por donde el sol asoma refulgente, cree ver un rostro divino que le sonrie y que le abre los brazos cariñoso.

De pronto sus pies tropiezan con un obstáculo, y se niega su cuerpo á seguir caminando.

María baja la vista sorprendida y mira.

Y ve el cadáver de un ahogado.

Y sus ojos, y su frente, y sus cabellos, y su traje se clavan en su alma con la insistencia de un recuerdo.

Y siente que su corazon estalla con un ronco estertor.

Y lanza un grito de agonía, uno de esos gritos que solo formula la garganta cuando siente el hombre que cuanto le rodea se desploma, cuando es precipitado desde el paraiso hasta el infierno, desde el palacio hechizado de sus ensueños al insondable abismo de la nada, cuando el alma alza su vuelo y el corazon late todavía.

¡Grito horroroso que zumba fatídicamente en todos los oidos!

Y cuando acudieron á la playa varias personas, arrastradas por aquel acento desgarrador, no hallaron sinó uno junto á otro dos cuerpos tendidos en la arena, uno muerto y otro moribundo.

XIII.

Dos dias habian pasado.

¡Dos dias!

María, delirante, loca, en el parasismo de su dolor yacia en un triste lecho.

Cuando el desmayo la abandonaba, cuando una chispa de razon brillaba en su mente, pronunciaba un nombre y recordaba.

Y entonces, de entre las nieblas confusas que la envolvian, veia destacarse un rostro pálido y ensangrentado; y creia oir su voz que la llamaba junto á él.

Entonces aborrecia la existencia; si ningun dolor físico la acosaba sentia un profundo estremecimiento, queria ahogarse en el piélago inmenso de su angustia.

Y lloraba.

Y sentia á su pobre alma atada á la tierra, deshaciéndose en vanos esfuerzos por elevar su vuelo en pos de la sombra amada.

¡Ay! ¡cómo lamentaba la debilidad de sus alas!

Al cabo de dos dias conoció por fin que su espíritu vencia, que su cuerpo respondia á los esfuerzos de su alma.

Sí; el velo delgado de la materia iba á rasgarse para dejar paso á una alma que con la blanca vestidura de un ángel ansiaba hendir los aires y perderse entre las nubes.

La muerte empezaba á pronunciar su nombre.

¡Estoy buena! murmuró.

Y sonrió á su padre.

Se levantó y salió al campo fuerte con su debilidad.

Anochecia.

. . . . . .

¡Qué triste está la *hondonada de las perlas!*

Una blanca losa se distingue en medio. Es el sepulcro de él.

María, en uno de sus momentos de razon, habia pedido que le enterrasen allí.

Allí, donde habia brotado la flor de sus amores.

Allí, donde se habian engendrado sus dulces esperanzas.

Allí queria colocar el emporio de sus recuerdos.

¡Oh! ¡es cierto que un cadáver enfria la atmósfera!

Todo llora y todo calla á su lado.

Y al rededor de la losa mortuoria empiezan á formarse las raices de esas flores amarillentas, hijas adoptivas de los sepulcros.

Los árboles se despojan formando un feston de hojas secas en torno de la tumba.

La fuente deslizando su agua gota á gota parece una plegaria eterna por el alma del difunto.

Todo llora en el mundo.

Una blanca figura aparece por fin rasgando la maleza.

Está pálida, pero tranquila al parecer.

Llega y se arrodilla al pie del sepulcro.

Es María.

Tiene su última cita con él sobre la tierra.

—¡Luigi! murmura lentamente.

Y fluctúa en un océano de sentimientos.

Ya ve á su alma alzar la vista con delicia hácia la altura, como diciendo á un vapor que flota en el firmamento, «ya te sigo.»

Ya nota su frente iluminada con un rayo de la mirada de Dios.

Ya oye sus alas que acarician con dulzura el espacio al elevarse.

Y sonrie.

O se ve detenida en la tierra largo tiempo, y contempla desvanecidas sus visiones, y pisa el mundo indiferente, y Ulrik estrecha su mano mientras una voz la llama temblorosa y lastimera desde el cielo.

Y llora.

Y entonces esclama delirante:

—Tu amor es mi vida. Yo he de morir, pues que me faltas; pero quiero que tu alma venga á recojer á la mia, que la conduzca de la mano por el camino de la eternidad, que la lleve hasta Dios; Luigi, Luigi, ¡ven! ¡El cielo permitirá que bajes á buscarme!

Y recordando, estraviada, su última entrevista, continúa:

—*Un beso tuyo me volverá la vida,* dijíste al despedirnos, escucha, ángel de mi amor, despierta Luigi. Sienta tu frente helada este beso de pasion.

Y dobla su cabeza hácia la tierra, adhiere sus labios temblorosos al mármol de la tumba.

Y un ósculo de fuego resuena en el espacio.

(Se concluirá).

LUZ DE AMOR.

Cansado, ciego y sin guia
Por el mundo caminaba;
Luz por do quiera buscaba,
Mas la luz nunca veia.
En vano al cielo pedia
Un rayo consolador,
¡Todo tinieblas y horror!
Hasta que en la noche oscura,
Ví la luz de tu hermosura
Y alumbró la de mi amor.
Que amor es luz que tenemos
Y en el alma la guardamos;
Si luce mucho cegamos,
Y si se apaga no vemos.
Puros cual son, conservemos
Rayos que tal dicha imprimen:
No se apaguen ni se animen
Fulgores que dan la calma,
Por que cuando ciega el alma
Cada tropiezo es un crímen.

MARIANO CATALINA.

PRESENTIMIENTOS.

Vírgenes adormidas
en dulces sueños,
blancas sombras que leves
cruzais el suelo,
De amores gimo:
oid el eco triste
de mis suspiros.

—

¡Amor! perfúme que alzan
de gayas flores
fundidos en un cáliz
dos corazones.
Que llega al cielo
y de Dios mece el trono
su dulce aliento.

—

¡Amor! ¡flor de la dicha!
¡desventurado
del que gozar no supo
de sus encantos!
¿No es cierto, niñas,
que vuestra alma de vírgen
los adivina?

—

Tambien yo me embriago
con ilusiones
mientras busco la perla
de mis amores.
La sigue el alma
cobijada en el manto
de la esperanza.

—

De la noche en las sombras
los ojos cierro
y la miro brillante
bajar del cielo.
Llega... y se enlazan
en ósculo de fuego
nuestras dos almas.

—

Cuando el sol por la bruma
cruza sus rayos
y el crespon de la noche
va desgarrando,
Veo su sonrisa
que entre nubes de grana
vaga indecisa.

—

Cuando llueve el rocío,
la luz se esconde,
y un vago mal abruma
los corazones.
Siento una lágrima,
¡llora de amores ella!
¡llora... y me llama!

—

Y cuando el alma goza
y cuando gime,
cuando recuerda ó sueña
¡siempre me sigue!
Y es que la llevo
incrustada en el fondo
del pensamiento!

—

¡Suave ilusion que brota
del alma tierna!
en todo vá su imágen,
¡y nunca *ella!*
Veo la sombra
y la mujer se esconde
siempre, traidora.

—

Yo la anhelo en el mundo,
loco la llamo
y el mundo me responde
con desengaños...
¿Será que tengo
que volar á otra vida
de amor sediento?

. . . . . .

—

Vírgenes adormidas
en dulces sueños,
blancas sombras que leves
cruzais el suelo.
¡Soy peregrino!
en vuestro pecho amante
dadme un asilo!

EMILIO NIETO.

EPIGRAMA.

¿Cómo estás—dije á Joaquina.
—¿Y tu esposo don Andres?
Y contestó con voz fina:
Yo... sola, él en la oficina,
Y... no vuelve hasta las tres.

PABLO YEDRA.

ANACREÓNTICA.

Á ELENA.

Deja Elena del mundo
Los goces embusteros
Y vente aqui conmigo
Que solo amor te ofrezco.
Y aparte en este valle
En plácido sosiego
Viviremos alegres
Bajo el azul del cielo.
Verás como aquí unidos
Nos sirven de recreo
Entre amorosos cantos
Fantásticos recuerdos
Y aquí entre la natura
Amores cantaremos
Contando por minutos
Los dias placenteros.
Y de mil florecillas
Mecidas por el viento
Haré yo una guirnalda
Que adorne tu cabello.
Verás como al peinarte
Te servirán de espejo
Las aguas cristalinas
Del tranquilo arroyuelo.

A. DE Q. Y G.

TEATROS.

Poco diremos hoy de teatros. De *La Cosecha*, drama del señor Larra, nos ocuparemos detenidamente en uno de los números próximos. *Ábrame usted la puerta*, representado en Variedades, y *Los apuros de Gaspar*, que lo fué en el Príncipe, son piezas de que no debemos tratar por su ninguna importancia. Y en fin, *Matar ó morir*, es una zarzuelita estrenada en Jovellanos, de argumento simple y gastado, de recursos *inocentes* completamente, y que solo puede conseguir hacer perder al espectador una hora de tiempo y algunos grados de paciencia y de buen gusto.

Decididamente, la temporada actual es una de las que menos obras buenas nos han ofrecido en los teatros.

No tenemos noticia alguna acerca de obras nuevas.

BIBLIOGRAFÍA.

Pocos son los libros que han visto la luz pública, durante los últimos dias; mas entre ellos, vamos á ocuparnos de los que, por sus buenas cualidades, merezcan el favor del público. Poco podemos decir acerca de ellos, á causa de los estrechos límetes á que este artículo debe reducirse y al corto tiempo trascurrido de su publicacion, que no nos ha dado espacio para meditar sobre ellos y leerlos de modo que podamos dar nuestro juicio con seguridad. Pero ya que no un artículo profundo y erudito, daremos al menos á nuestros lectores una ligera noticia de las obras mas notables que hayan aparecido en los últimos dias.

Y es la primera de que nos vamos á ocupar, la que, con el modesto título de *Compendio razonado de Historia general*, ha publicado el señor don Fernando de Castro, ilustrado catedrático de Historia universal en la Universidad de Madrid.

Claridad en la esposicion, estilo castizo, fácil, elegante, juicio seguro, caractéres bien diseñados, un cuadro completo en suma de la Historia general antigua, hallamos en el libro del señor Castro.

Precede á este un prólogo en el que, manifestando la importancia que alcanza la historia en los tiempos modernos, promete el autor un libro que reuna la profundidad de la historia á la amenidad de la novela, que sea filosófico, sin tener demasiada filosofía, un libro en fin, que pueda ser comprendido por todos, que todos puedan leer, sin cansancio ni fatiga.

Esto es el libro del señor Castro. A nuestro pobre juicio, ha realizado lo que en su prólogo se prometia. Sin embargo, algun defecto tenemos que achacarle, defecto, sin embargo, que solo será notado por los que hayan escuchado las lecciones del señor Castro en la Universidad central. Parecianos que en vez del compendio de Historia general comprendiendo la Historia antigua, el señor Castro publicaria sus lecciones de filosofía de la Historia, que en uno de los cursos anteriores tanto llamaron la atencion de todos los que tuvieron el placer de oirlas. Este trabajo que el señor Castro preparaba por aquel tiempo, haciendo que sus esplicaciones fuesen copiadas por varios taquígrafos, hubiera sin duda servido de digna introduccion á la Historia general que hoy publica, y de cuyo tomo primero nos ocupamos.

Con el pesar de haber dicho muy poco acerca de la obra del señor Castro, pasemos á examinar el libro que bajo el título de *El Doctor Lañuela, episodio sacado de las memorias inéditas de un tal Josef*, ha dado á luz don Antonio Ros de Olano.

Juzgada esta obra bajo el criterio de las reglas, se hallará desprovista de argumento y con caractéres apenas dibujados. Mas hállanse en sus páginas, bellezas de estilo y pensamientos grandes, que la colocan en un lugar elevado. No podemos detenernos á analizarla; seria preciso emplear mas espacio del que disponemos. Bástenos dejar consignado, que es una de las buenas obras que han visto la luz desde hace ya bastante tiempo; y pasemos á dar noticia al lector de la carta del P. Félix, titulada *Mr. Renan y la vida de Jesus*, que, traducida por los señores Megia y Toral, se ha publicado, llamando la atencion desde luego por su bello estilo.

Hállase en dicha carta la crítica severa, pero justa, del libro de Renan, arrancada la máscara que le cubre y contestadas todas sus afirmaciones, con sólidos argumentos. Estas circunstancias hacen de dicha obra la mejor de cuantas, con el intento de impugnar la *Vida de Jesus* de Mr. Renan, se han publicado. Sus traductores han hecho un verdadero servicio á la religion y á la literatura al traducirla.

De otras muchas obras quisiéramos ocuparnos; pero el tiempo y el espacio nos faltan y á riesgo de que el lector nos llame *eruditos á la violeta*, cerramos el presente artículo. PABLO YEDRA.

El secretario de la Redaccion, A. de Q. y GUEDEA.

Editor responsable, FELIPE LASARTE.

IMPRENTA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA, Cervantes, 17, pral.